

PARA LA GÉNESIS DEL *RUFÍAN DICHO*:  
EL *CONSUELO DE PENITENTES*  
DE FRAY ALONSO DE SAN ROMÁN

La cuestión de las fuentes del *Rufián dichoso* ha sido planteada por primera vez por Cotarelo Valledor, al señalar este erudito la influencia que debió de ejercer, en la génesis de la comedia cervantina, la *Historia de la Orden de Predicadores*, de fray Agustín Dávila Padilla<sup>1</sup>. En vista de las conexiones existentes entre la relación que nos ha dejado Dávila Padilla de la vida del P. Cruz y su dramatización por Cervantes, bien puede identificarse esta relación con “la historia del santo” mencionada en una de las acotaciones escénicas de la comedia<sup>2</sup>. Con todo, nuestras propias investigaciones sobre el tema nos han llevado a la conclusión de que no se trata de una influencia exclusiva. Con toda probabilidad, Cervantes hubo de acudir, también, a otra narración de la vida de Cristóbal de Lugo: aquella que figura en el *Consuelo de penitentes*, del agustino fray Alonso de San Román<sup>3</sup>. Los argumentos aducidos, hace más de diez años, en nuestro *Cervantès dramaturge: un théâtre à naître*, parecen haber convencido a los conocedores del teatro cervantino, a pesar de que no pudimos, por razones obvias, reproducir en nuestro libro la relación del P. San Román<sup>4</sup>. Por eso nos ha parecido oportuno facilitar aquí el acceso a este texto

<sup>1</sup> A. COTARELO VALLEDOR, *El teatro de Cervantes*, Madrid, 1915, p. 351. El título completo de la obra del P. DÁVILA PADILLA es *Historia de la Fundación y Discurso de la Provincia de Santiago de México de la Orden de Predicadores, por las vidas de sus varones insignes y casos notables de Nueva España*, Madrid, 1596. (En adelante: DP.)

<sup>2</sup> CERVANTES, *El rufián dichoso*, jornada 2ª, en *Obras dramáticas*, BAE, t. 156, Madrid, 1962, p. 220a. (En adelante RD.)

<sup>3</sup> *Cervantès dramaturge: un théâtre à naître*, Paris, 1978, pp. 46-53.

<sup>4</sup> Véanse las observaciones críticas de J. Tálens y N. Spadaccini (CERVANTES, *El rufián dichoso. Pedro de Urdemalas*, Cátedra, Madrid, 1986, p. 109), así como las de F. Sevilla y A. Rey Hazas (CERVANTES, *Teatro completo*, Planeta, Barcelona, 1987, p. 285).

importante que, debido al escaso número de ejemplares que se conservan del *Consuelo*, resulta de difícil consulta.

Ignorado de los cervantistas, fray Alonso Osorio de San Román no lo es, en cambio, de los historiadores de la evangelización del Nuevo Mundo. Lo poco que se sabe de su vida ha sido compendiado por el P. Gregorio de Santiago Vela, en su *Ensayo de una Biblioteca Iberoamericana de la Orden de San Agustín*<sup>5</sup>. Nacido en Granada antes de 1550, el P. San Román era hijo legítimo de Melchor de San Román y Leonor de Pozas. Profesó en el Convento de los Agustinos de Salamanca el 5 de noviembre de 1565. Tras permanecer cinco años en la Nueva España (1575-1581), donde tomó parte en la labor evangelizadora, se estableció en Andalucía, llegando a ser, hacia 1582, consultor del Santo Oficio en Sevilla. En 1585 fue comisionado para fundar el convento de Cuenca, del cual se le nombró prior. Se ignora el año de su muerte.

El *Consuelo de penitentes*, cuya primera edición se imprimió en Salamanca en 1583, es un manual de devoción. Consta de dos partes, publicadas en un solo tomo. La primera se titula *Consuelo de penitentes, o Mesa Franca de espirituales manjares, con una tabla de conceptos aplicados al Evangelio*. Del título de la segunda se infiere que el *Consuelo* consta de cinco tratados<sup>6</sup>. Estas aclaraciones no se incluyen en el título de la edición de Sevilla, dos años posterior a la de Salamanca, pero sí se mencionan esta vez los cargos desempeñados por el autor, así como las enmiendas que comporta esta segunda edición<sup>7</sup>. En opinión del P. Santiago Vela, la primera redacción del *Consuelo* se remonta, probablemente, a la estancia

<sup>5</sup> P. GREGORIO DE SANTIAGO VELA, *Ensayo de una Biblioteca Iberoamericana de la Orden de San Agustín*, Madrid, 1922, t. 6, pp. 205-207 y t. 7, pp. 259-260.

<sup>6</sup> *Consuelo de penitentes, o Mesa Franca de espirituales manjares, con una tabla de conceptos aplicados al Evangelio*, Salamanca. En casa de Alonso de Terranova y Neyle, 1583, 8º, 6 h + 260 ff. + 3 h. *Segunda parte del Consuelo de penitentes, o mesa Franca, repartido en cinco tratados...* En Salamanca. En casa de Alonso de Terranova y Neyle, 1583, 8º, 6 h + 260 ff. + 3 h.

<sup>7</sup> CONSVELO / de penitentes, / ò Mesa Franca de espirituales / manjares. / Compuesto por el R. P. F. Antonio de San Román / de la orden de S. Agustín, Prior en la ciudad de / Cuenca, y Consultor del Sancto officio de la / Sancta Inquisición de Seuilla / Aora nueuamente Corregido y enmendado por el / mismo Autor, en esta segunda impression. (Grabado en madera con la imagen de San Agustín.) Con privilegio. / En Seuilla, en la Imprenta de Andrea Pescioni / y Iuan de Leon. 1585 / A costa de Antonio Sagetè, mercader de libros. Nuestras citas proceden de esta edición, cuyo capítulo dedicado a la vida del P. Cruz reproducimos en apéndice. Hemos consultado uno de los dos ejemplares conservados en la Biblioteca del Escorial (sign. 22-V-38 y 121-IX-16). (En adelante: SR)

mexicana del P. San Román, a juzgar por las aprobaciones que encabezan la edición de Salamanca; concedidas en México, han de ser anteriores a 1581:

De tanta utilidad y necesidad se creyó la publicación de la obra —comenta el P. Vela— que el [...] P. Suárez de Escobar Provincial de México de la Orden de San Agustín impuso al autor precepto formal de obediencia, ordenándole que gestionara con toda diligencia la impresión<sup>8</sup>.

Tan piadoso celo denotaba un propósito, no sólo ejemplar, sino propagandístico. En el *Consuelo de penitentes* se insertan, en efecto, en el tratado 4<sup>o</sup> de la Segunda parte, las “Vidas de los célebres Misioneros de Méjico, llamados los Nueve de la Fama”. Esta versión a lo divino de un mito medieval recordado por Don Quijote<sup>9</sup> reúne, en un equilibrado reparto, las vidas de nueve de los misioneros que, durante el siglo XVI, participaron en la conquista espiritual de Nueva España: tres padres agustinos (los PP. Juan Bautista de Moya, Antonio de Roa y Francisco de la Cruz); tres franciscanos (los PP. Martín de Valencia, Juan de San Francisco y Andrés de Olmos); y por fin, tres dominicos (los PP. Cristóbal de la Cruz, Domingo de Betanzos y Tomás del Rosario). El deseo de los superiores del P. San Román era, sin duda alguna, difundir, por el canal del *Consuelo*, la labor misionera de estas órdenes. Aquella empresa divulgadora será proseguida en mayor escala por los cronistas de la evangelización. San Román figura, pues, entre aquellos que les enseñaron el camino, y muchos de estos cronistas se valdrán de los datos reunidos por tan ilustre precursor<sup>10</sup>. Significativo, a este respecto, es el caso del P. Dávi-

<sup>8</sup> SANTIAGO VELA, *Ensayo...*, t. 6, p. 207.

<sup>9</sup> Este mito, de origen francés, parece remontarse al siglo XIII. La lista de los héroes ha cambiado según las épocas; pero sus diferentes variantes ilustran todas el ideal que se forjó la Edad Media de una cohorte de nueve caballeros famosos, comparables con los Siete Sabios de la Grecia Antigua y procedentes, en proporciones idénticas, de la Antigüedad pagana, de la Biblia y del Romancero. Cf. ANTONIO RODRÍGUEZ PORTUGAL, *Chronica llamada el triumpho de los nueve preciados de la fama: en la qual se contienen las vidas de cada uno...*, Lisboa, 1530. Al volver malparado de su primera salida, Don Quijote se hace eco de esta tradición: “Yo sé quién soy [...] y sé que puedo ser, no sólo los que he dicho, sino todos los doce Pares de Francia, y aun todos los Nueve de la Fama” (*Don Quijote de la Mancha*, I, 5, Castalia, Madrid, 1982, t. 1, p. 106).

<sup>10</sup> Especialmente F. ANTONIO DAZA, en *Quarta Parte de la Crónica General de N.P.S. Francisco y de su Apostólica Orden*, Valladolid, 1611, así como F. ALON-

la Padilla: aunque no mencione a San Román entre sus inspiradores, aprovecha a menudo las informaciones sacadas del tratado de los Nueve de la Fama, llegando a incorporar fragmentos enteros del *Consuelo*. Baste señalar, como botón de muestra, los tres ejemplos siguientes:

## SAN ROMÁN

Aparescióle una vez el enemigo en figura de un osso muy feroz y espantoso, echándole las garras a la cara y cuello, diciéndole: ¿no me temes tú? Y respondióle el sancto: no por cierto: ¿quién eres tú para que yo te aya de temer? Y assí luego desapareció (460 vº).

e importunándola que se confessasse y encomendasse a Dios, respondió que no avía para qué, pues Dios no le avía de perdonar, ni aver misericordia della. (462 vº).

Y poniendo las manos, començó a mirar a una parte y a otra, como razonando con los que allí estaban. (465 rº).

## DÁVILA PADILLA

Otra vez [. . .] se le apareció el demonio en figura de oso de aspecto feroz y muy horrible, y le echó las uñas de sus pesadas manos, agarrándole del rostro y cuello. Y le dixo: ¿No me temes tú? Y respondió el bendito padre: No por cierto. ¿Quién eres tú para que yo te tema? Y entonces le dexó (416 a).

Importunávanla que se confessasse y encomendasse a Dios, y respondía siempre que no avía para qué hazer diligencias en vano, pues Dios no la avía de perdonar, ni tener misericordia della (425 b).

sacó los brazos el bendito enfermo, como quien estava razonando con los que estaban presentes (459 a).

Desafortunadamente, no sabemos en qué circunstancias paró el *Consuelo* en manos de Cervantes. ¿Su simpatía por los manuales de piedad —señalada por Bataillon— lo llevaría a hojear este librito, despertando su interés por la figura de Cristóbal de

---

SO FERNÁNDEZ, *Historia eclesiástica de nuestro tiempo*, Toledo, 1611. Este último ha copiado del *Consuelo* las vidas de F. Antonio de Roa y F. Juan Bautista de Moya, imitándolo además en su vida del P. Martín de Valencia. El P. REMESAL, en su *Historia General de las Indias* (BAE, t. 188, p. 119b), dice del P. San Román que es “un maestro muy pío y docto de la Orden de N. P. San Agustín”. A juicio de ROBERT RICARD, el valor histórico del *Consuelo* es mediocre; pero el libro es interesante por su fecha y porque testimonia la pronta popularidad de los misioneros mexicanos en el mundo religioso español; cf. *La conquête spirituelle du Mexique*, Paris, 1933, p. 20.

Lugo<sup>11</sup>? ¿No fue más bien la lectura de Dávila Padilla la que le incitó a ampliar su información sobre el personaje<sup>12</sup>? El presente estado de nuestros conocimientos no nos permite elegir entre ambas hipótesis. Tampoco resulta posible decir cuál de las dos ediciones fue consultada por Cervantes. En caso de que la obra le fuera aconsejada por el autor de la censura, el propio Juan López de Hoyos, bien pudo leerla poco antes de la muerte de su antiguo maestro, acaecida el 28 de junio de 1583, a no ser que encontrara el libro en la biblioteca del humanista, después de su fallecimiento<sup>13</sup>. Así y todo, no debe excluirse un descubrimiento más tardío, durante alguna estancia sevillana del futuro autor del *Quijote*, entre dos de sus comisiones andaluzas: recuérdese aquella subasta pública de 1590, en la cual compró varios libros y, entre éstos, una *Historia de Santo Domingo*, dos años antes de comprometerse a componer, para el comediante Rodrigo Osorio, seis comedias que, al parecer, quedaron sin escribirse<sup>14</sup>.

A falta de poder aclarar este punto conviene al menos, me-

<sup>11</sup> Como los erasmistas, observa M. BATAILLON, "vio con simpatía los manuales de piedad ilustrada que competían con las novelas para disputarles su influencia sobre las almas. Cuando Don Quijote visita una imprenta en Barcelona, uno de los libros que ve corregir es la *Luz del alma christiana*, de Fray Felipe de Meneses, libro bastante olvidado a principios del siglo XVII, pero muy leído en los tiempos en que Cervantes era joven" (*Erasmus y España*, FCE, México, 1956, p. 778).

<sup>12</sup> Cabe observar que, de los nueve misioneros seleccionados por San Román, el P. Cruz es el único en representar un caso de conversión, a diferencia de los demás, cuyas vidas son uniformemente ejemplares y no se prestan a una dramatización efectista.

<sup>13</sup> Aunque no lleve fecha, la aprobación de López de Hoyos hubo de ser una de las últimas muestras de su actividad en este campo. "Por mandado de V<sup>a</sup> Alteza —escribe López de Hoyos— he visto con diligencia y curiosidad este volumen, intitulado Mesa franca de manjares espirituales, compuesto por el padre Fray Antonio de San Roman, de la orden de S. Agustín, el qual con mucha variedad de escriptura sagrada, buenos conceptos, buena invención prosiguió su obra, dilatándola con mucha escriptura divina: pero no de manera que el vulgo se ofenda con doctrina tan llana y piadosa, y assí es mi parecer que se imprima." El Maestro Juan López de Hoyos.

<sup>14</sup> Cf. ASTRANA MARÍN, *Vida ejemplar y heroica de Miguel de Cervantes Saavedra*, Madrid, 1948-1958, t. 4, pp. 461-464. Astrana Marín asegura que el libro comprado por Cervantes no era una Vida del Santo, sino la *Historia General de Santo Domingo y de su Orden de Predicadores*, por F. Hernando del Casal, publicada en Madrid en 1584. La publicación, en 1596, de la Crónica de Dávila Padilla coincide con este período andaluz. Sabido es que su autor formó parte de la comisión de teólogos que, en 1600, se mostró favorable a la reapertura de los corrales de comedias; cf. *Cervantès dramaturge*, p. 409.

diante el cotejo de los textos, concretar la huella del *Consuelo* en la génesis del *Rufián dichoso*. Bien es verdad que tanto San Román como Dávila Padilla desarrollan un esquema común cuyos momentos claves —la “vida libre” del futuro P. Cruz, luego su “vida grave” y, por fin, su “muerte santa” —corresponden a las tres jornadas de la comedia<sup>15</sup>. Ahora bien: la elaboración cervantina integra una serie de elementos que proceden exclusivamente del *Consuelo*, manifestando, por lo tanto, una influencia directa. En primer lugar, un dato referente al nacimiento y condición del protagonista. En tanto que Dávila Padilla se limita a aludir a su humilde estirpe<sup>16</sup>, San Román y Cervantes, con notable coincidencia, lo llaman “hijo de tabernero”<sup>17</sup>. Otro rasgo que conviene señalar: el uso que hace Lugo de la lengua de germanía. Mientras Dávila Padilla pasa por alto este detalle, San Román caracteriza al personaje como “muy plático en la jerigonza, lenguaje de ladrones con que él andaba”<sup>18</sup>. Sabido es el partido que saca la comedia de este lenguaje, especialmente en las secuencias iniciales de la jornada primera<sup>19</sup>.

Por fin, merece destacarse la actitud reservada que mantiene Lugo con las prostitutas. Según Dávila Padilla, estuvo a punto, durante su “vida libre”, de convertirse en auténtico rufián: “porque no le faltasen rayzes, le querían ya dar oficio los desventurados rufianes, y le señalavan particular presea que guardasse”, escribe el cronista dominico<sup>20</sup>. San Román, en cambio, puntualiza que nunca llegó a tal:

ya le conbidaban con pieças particulares, para que se encargasse dellas y las tuviesse en su nombre en los lugares públicos. *Este partido no lo quiso aceptar*<sup>21</sup>.

<sup>15</sup> *RD*, jornada 2<sup>a</sup>, p. 212a.

<sup>16</sup> “Ruyn por mi persona, de poca estima por mis padres” dice de sí mismo el futuro P. Cruz (*DP*, p. 415).

<sup>17</sup> “. . . quan engañados viven en hazer caso de un hijo de un tabernero” (*SR*, f. 459 v<sup>o</sup>). “No saben estos benditos / como soy simple y grosero, / y hijo de un tabernero” (*RD*, p. 234a). “Díles que soy de un tabernero hijo” (*RD*, p. 235b).

<sup>18</sup> *SR*, f. 458 r<sup>o</sup>.

<sup>19</sup> Basta con recordar la riña que abre la jornada primera (*RD*, pp. 187-189), así como el romance de jácara que figura en esta misma jornada (*RD*, pp. 191-192).

<sup>20</sup> *DP*, p. 383a-b.

<sup>21</sup> *SR*, f. 458 r<sup>o</sup>.

Negativa es ésta de la que se hace eco la comedia, aunque en forma indirecta: al principio de la jornada segunda se nos dice del P. Cruz que fue, en sus años mozos,

ruffián en manos y lenguas,  
pero no que se enfrascasse  
en admitir de perdidas  
el trato y ganancia infames<sup>22</sup>.

Mediante la combinación de estos rasgos contradictorios, Crisóstbal de Lugo ofrece, en la narración de San Román, una complejidad que no conserva en Dávila Padilla: una complejidad que pudo suscitar el interés de Cervantes por la versión del *Consuelo*. Pero la concordancia más significativa, a nuestro parecer, atañe al cambio de vida del rufián dichoso, cuando éste determina “dar entrada a Dios”. Dávila Padilla, por cierto, no deja de referir la apuesta de Lugo, señalando cómo había determinado, si llegaba a perder unas Súmulas en ocho reales, “perder tan de veras el respeto a Dios y al mundo, que quería trocar la quadrilla de rufianes por una de ladrones con quien tenía ya hecho trato”<sup>23</sup>. Pero San Román pone mayor énfasis en esta determinación, así como en el compromiso personal que implica: “que si entonces perdía, tomaría el officio de salteador”<sup>24</sup>. Pues bien: a la hora de la verdad, el protagonista cervantino se expresa de idéntico modo:

Iuro a Dios omnipotente  
que, si las pierdo a presente,  
me he de hazer salteador<sup>25</sup>.

Más adelante, tras haber ganado la apuesta, vuelve a recordar este propósito:

Yo hize voto, si oy perdía,  
de yrme a ser salteador<sup>26</sup>.

Esta doble coincidencia revela la preferencia que manifiesta aquí Cervantes por la versión del *Consuelo*.

<sup>22</sup> *RD*, jornada 2<sup>a</sup>, p. 212a.

<sup>23</sup> *DP*, p. 383b.

<sup>24</sup> *SR*, f. 458 r<sup>o</sup>.

<sup>25</sup> *RD*, jornada 1<sup>a</sup>, p. 207b.

<sup>26</sup> *RD*, jornada 1<sup>a</sup>, p. 210b.

No sorprende esta preferencia: en la narración de Dávila Padilla, el episodio pierde su carácter trascendental: “despidió [Lugo] el propósito de ladrón —nos dice el cronista— aunque no las obras de moço perdido”<sup>27</sup>. El rufián dichoso se convierte, eso sí, pero sólo después de ordenarse de Epístola; su conversión, diluida en el tiempo, es más bien el fruto de los esfuerzos de su protector, el licenciado Tello de Sandoval<sup>28</sup>. San Román, en cambio, hace resaltar el nexo entre apuesta y conversión:

Ordenó Dios que ganasse, y salido de allí púsose a considerar el camino que llevaba; y, como de nueva luz visitado abrió los ojos y començóse a retirar de aquellas compañas malas y, aplicándose a su estudio, vino a recibir orden sacro<sup>29</sup>.

Cervantes conserva este nexo, dando a la conversión un carácter aún más efectista: la apuesta inicial, con su desenlace inesperado, suscita a su vez otra apuesta, de distinto tenor:

Mas pues sé  
que contrario con contrario  
se cura muy de ordinario,  
contrario voto haré,  
y assi le hago de ser  
religioso . . .<sup>30</sup>

La vida libre del futuro P. Cruz, y con ella la jornada primera de la comedia, se concluye con un nuevo desafío que concurre a suspender el interés.

Cabe observar, de manera general, que la narración del *Consuelo*, más ceñida, menos prolija y difusa que la relación de Dávila Padilla, se prestaba a la concentración que requiere la adaptación dramática de una vida más o menos novelada: concentración en el espacio y en el tiempo, a la vez, reivindicada por Comedia en su diálogo con Curiosidad, al principio de la jornada

<sup>27</sup> *DP*, p. 384a.

<sup>28</sup> “Propúsole la obligación que tenía de vivir como hombre de Dios, el que quedava sellado en el alma para servirle en el altar. Conoció esto el moço, y propuso de vivir como viejo. Determinóse de dar entrada a Dios, y vivió de allí adelante como suyo. Ordenóse de Epístola y juntamente de buen Christiano: porque con el orden que recibió, le dio en olvidar y aborrecer toda la vida passada, y procurar la que devía” (*DP*, p. 385a-b).

<sup>29</sup> *SR*, f. 458 r<sup>o</sup>/v<sup>o</sup>.

<sup>30</sup> *RD*, jornada 1<sup>a</sup>, p. 210b.

segunda del *Rufián dichoso*<sup>31</sup>. De este proceso reductor San Román nos ofrece una auténtica prefiguración. Una vez cumplida la conversión de Lugo (si bien en Toledo y no en Sevilla, donde transcurre la jornada primera de la comedia), nos traslada acto seguido a México, sin demorarse, como Dávila Padilla, en la etapa intermedia de Guadalupe<sup>32</sup>. Luego, en cuanto se inicia su vida grave, el autor del *Consuelo* pasa por alto sus numerosos hechos de caridad para centrarse, preferentemente, en la conversión de Doña Ana de Treviño: haciendo caso omiso de los preliminares del episodio, conserva únicamente la peripecia de mayor intensidad<sup>33</sup>. Reduce también al mínimo el cuadro de los sufrimientos y tribulaciones del dominico<sup>34</sup>. Incorpora dentro de una misma secuencia su elección al priorato de su convento y posteriormente al provincialato de la Orden<sup>35</sup>. Por fin, entre los testimonios de fervor que suscita el P. Cruz después de su muerte, pone énfasis en un detalle efectista que volvemos a encontrar en la comedia: la veneración de los fieles por los paños que cubrieron las llagas del pestífero<sup>36</sup>. Al emprender su labor selectiva de

<sup>31</sup> “Su conversión fue en Toledo, / y no será bien te enfade / que, contando la verdad, / en Sevilla se relate” (*DP*, jornada 2<sup>a</sup>, p. 212a). Véase sobre el particular F. SEVILLA, “Del *Quijote* al *Rufián dichoso*: capítulos de dramática cervantina”, *Edad de Oro*, 1986, núm. 5, pp. 231 ss.

<sup>32</sup> *SR*, f. 458 v<sup>o</sup>.

<sup>33</sup> San Román elimina los ruegos de los familiares de D<sup>a</sup> Ana; la entrevista previa del P. Cruz con las monjas de la Concepción; la relación que hace a D<sup>a</sup> Ana de los descuidos de su propia vida seglar. Véase *DP*, p. 425a-427a. En cambio, Cervantes coincide con Dávila Padilla al dar a D<sup>a</sup> Ana su apellido exacto (Treviño), mientras que San Román la llama D<sup>a</sup> Ana de Tremiño.

<sup>34</sup> Cf. *SR*, ff. 464 v<sup>o</sup>-466 r<sup>o</sup>, cuyo compendio contrasta con la prolija narración del dominico (*DP*, pp. 429a-461b).

<sup>35</sup> “No fue parte la enfermedad para poderse escusar de los cuidados del gobierno, porque le compelió la obediencia como a varón tan importante, a que fuese prior de México, y después maestro de novicios y últimamente provincial” (*SR*, f. 464 v<sup>o</sup>). En la comedia cervantina, el P. Cruz es elegido prior, en tanto que se le pronostica su elección al cargo de provincial, la cual será recordada al final de la jornada 3<sup>a</sup> (*RD*, jornada 3<sup>a</sup>, pp. 229b, 233b-235b, 237b). Dávila Padilla, en cambio, señala su elección al priorato antes de la conversión de D<sup>a</sup> Ana de Treviño (Cap. 25, p. 414b). Su nombramiento como provincial se verifica varios años después (Cap. 32, p. 438b). En realidad el P. Cruz, prior del convento de Oaxaca en 1559, fue elegido provincial tres años después. Abandonó este cargo en 1565, año de su muerte.

<sup>36</sup> “Y acudiendo a buscar los paños de sus llagas, de que antes hazían asco, los tomaban y ponían sobre sus ojos y besaban con su boca” (*SR*, f. 466 r). “Mas los manchados paños. . . / mil veces les imprimen / los labios más ilustres y señores” (*RD*, jornada 3<sup>a</sup>, p. 238a).

adaptador, Cervantes no quería contravenir “la verdad de la historia”, sacrificándola en aras de la expresividad teatral. El *Consuelo de penitentes*, afortunadamente, le proporcionó algo que no le podía dar la crónica de Dávila Padilla: un precedente y, más aún, un ejemplo tras el cual ampararse para autorizar su propia reelaboración<sup>37</sup>.

JEAN CANAVAGGIO  
Université de Caen

457 v<sup>o</sup>

SUMMA DE LA VIDA DEL  
sancto varón Fray Christóual de la Cruz,  
de la Orden de Sancto Domingo  
de la Nueva España

458 r<sup>o</sup>

Como en el sancto zelo y gran trabajo se han conformado las tres Órdenes mendicantes en estas tierras, assí les ha dado Dios hombres de igual sanctidad y fama, y de un [e]spíritu y vida, como se verá en este singular padre Fray Christóual de la Cruz, el qual si no es mayor que los passados, ninguno le haze ventaja. Es este sancto señalada voz que llama a peccadores, porque su vida antes de su conuersión es bien conforme con la ley que el mundo guarda. Natural fue de Seuilla, y crióse en casa del Licenciado Tello de Sandoual, en cuya casa estudió las letras de latinidad y artes, siguiendo al dicho Licenciado, siendo Inquisidor en Toledo; donde, como distraydo, se occupaua en juegos y en los demás exercicios que libertad y oluido de Dios y malas compañías acarrean, muy plático en la geringoça, lenguaje de ladrones con quien él andaua, y de tan buen nombre entre los de la seguida, que ya le combidauan con pieças particulares, para que se encargasse dellas y las tuuiesse en su nombre en los lugares públicos. Este partido no le quiso acceptar, porque, aunque era gran peccador, tenía un alma temerosa, y muy sentida de consciencia; y assí no osaua ponerse en tan manifesto peligro de alma y vida. Y por esto, si pecaua, era con lágrimas, y rezando primero los psalmos penitenciales por las ánimas de quien era muy deuoto, pidiendo a Dios no perdiessen los defuntos el fruto de aquella oración por ser él malo. Co-

<sup>37</sup> Sobre la relación que mantiene la acción del *Rufián dichoso* con lo particular histórico, véase *Cervantès dramaturge*, pp. 49-52. En relación con el papel desempeñado por el *Consuelo* en la génesis del *Rufián dichoso*, merece recordarse que, en la jornada I<sup>a</sup> de la comedia, el romance germanesco cantado por Lagartija tiene por autor a “Tristán / que gouierna en San Román / la bendita sacristía, / que excede en la poesía / a Garci Laso y Boscán” (*RD*, p. 192b). ¿No será esta aclaración uno de los tantos guiños de Cervantes al discreto lector?

mo seguía el juego y le faltaua el dinero, concertóse con unos perdidos, que andauan a robar, de yrse en su compañía. Y sentado una vez a jugar el libro de las Súmulas, con determinación de que si entonces perdía, tomaría el officio de salteador, ordenó Dios que ganasse; y, salido de allí, púsose a considerar el camino que lleuaua; y como de nueva luz visitado abrió los ojos, y començóse a retirar de  
 458 v<sup>o</sup> aquellas compañías malas, y applicándose a su estudio vino a recibir orden sacro. Y dende que se ordenó de Epístola, fue tan notable la mudança que la mano de Dios hizo en él, que como él confessó a su gran familiar, nunca más dende allí tuuo voluntad de peccar, ni se ensuzió en hecho carnal. Antes se dio tanto a la oración y lección y exercicios de penitencia, que en España y en esta tierra era notable su fama de sanctidad.

Proueyeron por visitador de esta Nueua España al susodicho Licenciado Sandoual, y assí vuo de venir con él; porque era tanto el amor que le tenía, que no se hallaua sin él un punto. Y la razón de hazer tan bien su officio el visitador fue porque en todo se guiaua por el consejo de Christóual de Lugo, que éste era su apellido en el siglo. Notable pena recibió el visitador, quando vio que se le quedaua en esta tierra su querido padre y capellán. El qual, luego que se vio horro de la obligación del visitador, con quien se auía criado, tomó el hábito de Sancto Domingo en México; y, hecha profesión, luego la orden puso los ojos en él como en varón sancto, y escogiólo para maestro de nouicios. En este officio hizo tanto fruto, que sacó de su mano hombres sanctos quales oy viuen, fieles testigos desta verdad. Era tan escogido maestro de humildad, que en sólo enseñar esta virtud parece  
 459 r<sup>o</sup> que ponía todo su estudio; y assí era gloria de Dios ver quán viuamente la plantaua en los coraçones. La plática común de sus nouicios era el amor de las injurias; y assí trataua de sufrir bofetones y affrentas para exercicio. No auía entre ellos quien quebrasse el silencio ni saliesse de su recogimiento. Tenían los de corona embidia a los frayles legos, desseando el estado de más humildad. Y como entre otros se suelen buscar las cosas de curiosidad, en que ponen su consuelo, buscauan estos lo más vil y desechado, priuándose de todo aquello a que se sintían afficionados: porque el dezir común de este sancto era: “Negad vuestra voluntad y tened por cierto que, en todo lo que vuestra affición está assentada, allí tiene parte el aduersario. Y aunque sea la imagen del crucifixo, si allí está puesto nuestro amor, como en prenda que poscemos, tras la imagen está el enemigo escondido. Y este su predicar de humildad no era doctrina speculativa, sacada de papeles, porque era humilde de coraçón, y mostráualo bien en las obras, enemigo de sí y de sus cosas por extremo; huya de escriuir algo que tuiesses parescer de sabiduría: porque siempre dezía que la humildad y silencio son las guardas de la gracia.” Su gran desseo era ser abatido, y  
 459 v<sup>o</sup> assí clamaua con grande [e]spíritu diziendo: “¡O si acabassen de salir de engaño en estimarme en algo, pues soy criatura tan sin prouecho!” Y con gran sentimiento, si le loauan, respondía: “Allá yrás, fray Christóual, delante del soberano juez, que conosce lo que cada vno merece, y verán estos ciegos que me alaban y engrandescen quán engañados

viuen en hazer caso de un hijo de vn tauernero”, diziendo otros de nuestros de esta calidad en público contra sí con tantas veras, que daua bien a entender que no andaua a caça de gloria con palabras humildes. Y estaua tan viuo en conoscer [e]spíritus, que en ninguna manera admitía palabras que de lisonja le dixessen, por muy dissimulada que fuesse. Y esto es lo que a mi ver buscaua Dios, quando de tan grandes pecadores, como éste era, haze tan grandes sanctos, como éste es: porque de las muchas culpas y de la mucha luz del cielo nasce una excelente humildad, qual se contempla en este gran sieruo de Dios. Su oración era perpetua, passando lo más de la noche en contemplación en el choro, donde visiblemente se robaua con la pujança de la deuoción y sentimiento del [e]spíritu, de donde salía muchas vezes dando bozes, diziendo: “¡Ay Dios! ¡Ay Dios!”, donde se le passaua la noche entera sin dormir, gozando de la visita del cielo. Su consideración arrimaua siempre a los mysterios de nuestra redempción, por el rosario, y en los cinco mysterios, de los quinze, se le passaua vn día, remudándolos siempre por las ferias de la semana; y el Domingo, los contemplaua todos juntos. Nunca dexó de rezar el officio de Nuestra Señora, de quien era deuotíssimo. Dende que supo leer, rezó siempre los psalms penitenciales cada día, y una vigilia por las ánimas, de quien era muy deuoto. Siempre que passaua por iglesias o cimiterios, hazía oración por los defunctos. Tenía, sin esto, por sus particulares deuotos a Sant Hierónymo, a la Magdalena, a Sancta Úrsula con sus vírgines, de suerte que, con esta sancta ocupación, no gastaua rato de tiempo en conuersación humana. Fue su deuoción al Sancto Sacramento por estraña manera señalada; y assí no se hallaua sino en la presencia de su Magestad. Toda su ansia era el recibir a Dios cotidianamente; y lo que encargaba a todo género de affligidos era la sancta communion. Vna noche, en la oración, vio un grande resplandor en el altar, como si fuera a medio día, en el lugar del sagrario, y dixo: “Señor, ¿para mí son menester muestras visibles? Vos sabeys que creo verdaderamente que estáys ay tan poderoso como en el cielo”. Y estando diziendo missa, vio una persona religiosa y de verdad

460 r<sup>o</sup> que vna paloma blanca le andaua reboleando sobre la cabeça, y no se le apartó hasta que vuo consumido. Y tratándole de esta visión, dixo que, como no se aparejaua como conuenía, assí no era digno de recibir la gracia del [E]spíritu Sancto, y que por esso le combidaua y llamaua Dios, pero que se quedaua fuera la paloma por sus pecados. Mas lo senzillo, es que le regalaua Dios interiormente con su consuelo, y exteriormente con milagros, para que fuesse de todos honrado el que en sus ojos y propria estimación era tan abatido. Estando en oración en el choro, por vezes le leuantauan de do estaua y le ponían sobre las varandas para echallo de allí abaxo; y él dezía, conosciendo que era el aduersario: “Haz todo aquello que el Señor te diere licencia”, y luego le soltaua. Aparescíale el demonio en una multitud de moçuelas, en corro, que las traía baylando y tañendo; pero, viendo quán poco effecto hazían, boluían y tornáuanse a yr. Aparescióle una vez el enemigo en figura de vn osso muy feroz y espantoso, echándole las garras a la cara y cuello [y] diziéndole: “¿No me temes tú?”

460 v<sup>o</sup>

Y respondióle el sancto: “No, por cierto. ¿Quién eres tú para que yo te aya de temer?” Y assí luego desapareció. Passáuanle estas tragedias  
 461 r<sup>o</sup> ante el Sancto Sacramento, donde el demonio salía siempre llorando y el sancto quedaba con victoria, por el auxilio que tan por experiencia hallaua cada vez en su patrón Christo. Desta tierna consolación le nascía la fortaleza grande de que gozaua en sus tribulaciones: pues en treze años de enfermedad, más agrauada que la de Sant Lázaro, nunca dixo palabra dessabrida ni malsonante, con que le ponían en el extremo las llagas y dolores que padescía. Su perpetuo dezir era: “¡Alabado sea el sancto nombre del Señor, que fue seruido de visitar este indigno sieruo suyo!” Y encarecía con gran gusto el bien de su penalidad, diziendo que tenía en más aquella enfermedad que Dios le auía dado, que la mayor dignidad que el mundo le podía ofrecer, y que se holgaua más de ser leproso, que de verse prior en México: porque en la enfermedad hallaua consuelo, y en la honra muchas penas.

Su gran sabiduría y prudencia en regir, los años que gobernó su orden, su justicia suaue, su fructuosa doctrina tiénenla bien en memoria sus hijos, como de vn tan célebre y famoso pastor; y su estraña paciencia muestra bien que, con leuantarle vn falso testimonio, y con  
 461 v<sup>o</sup> conocer la persona que le perseguía, jamás le negó vn rostro apazible, y siempre la confessó y amonestó para sacarle de peccado: que éste era su particular intento, hazer bien a los que mal le hazían, amando de corazón siempre a sus enemigos, como fiel imitador de Christo, enemigo de su propria carne; y por esto eran grandes sus asperezas. Su vida era nunca jamás comer carne; porque siempre seguía la comunidad de su orden. Todas las más noches se açotaua un grande espacio antes de maytines, y otro después; y lo que más lloraua en su larga enfermedad, era el regalo que le hazían por guarecerle la vida; y dezía muchas vezes que se holgara de hallarse en un despoblado por gozar allí del solo consuelo de la mano de Dios, y carecer de todo terreno aliuio. El que con Dios era tan pío, y consigo tan riguroso, ¿qué sería con sus próximos, este médico de enfermedades interiores, de gran consejo en casos arduos, y de gran crédito de lo que podía con Dios, y de lo que se compadecía de los males de sus próximos? Tanto que vuo quien dixo: “Hasta que el padre fray Christóual de la Cruz ruegue por mí a Dios, nunca yo dexaré mis faltas”. Fue estremado en la gracia de conuertir almas; y assí se le confessaua, como por don excelente, que alma que a sus manos viniesse no saldría sin remedio. Dos donzellas bien determinadas de seguir la prophanidad  
 462 r<sup>o</sup> le ofreció Dios, las quales puso tan firmes en el propósito de la castidad e hizo tan sanctas monjas, que ni por razones, ruegos ni amenazas, ni por mil trabajos y persecuciones de malos tratamientos y testimonios que les leuantauan en sus casas, jamás pudieron mouerlas ni apartarlas de su intento sancto.

Otras dos mugeres de escandalosa vida, con quien peleaua la sanctidad de México, sacó de mal estado este padre sancto, e hizo sanctas con admiración del mundo. Aunque más admiró lo que le passó con una señora de México; la qual, auiéndole dado su marido de puñala-

das sin razón, y estando para morir, estaua tan pertinaz y desesperada, que no quería perdonar a su marido ni confessar sus peccados. Llegado pues el sieruo de Dios a esta coyuntura, fue tanta la fuerça y dulçura de su palabra, que reduxo y conuirtió a esta muger, conueneciéndola a que perdonasse y se confessasse y dixesse que por sus peccados conocía auerla Dios castigado, y assí partió de esta vida en paz, alma que estaua tan perdida.

Pues aun más notable y digna de eterna memoria fue aquella tan sonada conversión de doña Anna Tremiño en México. La qual, aunque muger de buen ser y Christiandad, pero tan aficionada a las vanidades de este mundo, y tan amiga de las galas que en él se vsan, quanto lo muestran bien la congoxa y ansias de su muerte. Era vna de las más hermosas y gallardas del siglo; pero, en fin, cayó de vna graue enfermedad; y llegado a que los médicos la desauziaron, dolióle tanto el apartarse deste mundo, que començó a desesperar con grande despecho de su salud, assí del cuerpo como del ánima. Y en tanto grado que, viéndose cada rato más al cabo de la jornada e importunándola que se confessasse y encomendasse a Dios, respondía que no auía para qué, pues Dios no le auía de perdonar, ni auer misericordia della. Y aunque acudieron muchos religiosos y personas pías de todas partes, procurando cada qual por sí de sacarla de su error y atraerla al conocimiento de su daño y al amor de su remedio, no vuo effecto. Boluíanse todos con summo desconsuelo de ver el poderío que el enemigo malo tenía en aquella criatura de Dios. Vino a noticia deste gran sieruo de Dios este caso lamentable por la boz del pueblo todo, que de tal desventura andaua turbado. Y como tan venturoso partió en la virtud de Dios, rogados algunos religiosos de su convento para que encomendassen a Su Magestad que le diesse gracia y fuerças para ayudar a saluar aquella ánima. Entrado, pues, donde la enferma estaua, començó de hablar y amonestarle que se boluiesse a Dios y se confessasse; pero ella, perseuerando en su obstinación, lo mismo le respondió que a los demás, diziendo que, pues Dios no auía de auer misericordia della, que no quería confessarse. Inspiróle Dios a este su sieruo vn nueuo y estraño medio, como para enfermedad tan peregrina; y assí se determinó tomar sobre sus ombros esta alma descarriada, para traerla al rebaño de Christo; y rogándole con ahinco que estuuiesse atenta, començóle a referir vno por vno los muchos priuilegios de que gozan los buenos frayles en la orden, y quán aceptos son al Señor a quien siruen, y que él era vno dellos, sacerdote que cada día celebraua el misterio de la pasión de Iesu Christo. Y fuéle contando todos sus ejercicios, sus disciplinas y ayunos, y los muchos regalos que el Señor le hazía en la oración, hasta dezirle que ya sabía que le tenían por sancto y que, mediante el Señor de quien procedía todo bien, tenía confiança le haría Dios merced en lo que le suplicasse. Y preguntándole el sancto si era razón que el que estos bienes poseya desconfiasse de la misericordia de Dios. Respondió ella con vn nueuo ánimo: “No tiene por qué desconfiar quien de Dios ha recebido tantos bienes”. 463 v<sup>o</sup> Díxole entonces el padre: “Pues, si vos os viéssedes con todos estos bienes, o con el mérito dellos, ¿qué hariádes?” Respondió la enfer-

ma: “Ternía yo mucha confianza que Dios auría misericordia de mí”. “Pues, porque veays, hija, cómo desseo vuestra saluación, dixo él, confiado de la misericordia diuina, yo os hago donación de todos los méritos de mis obras hasta oy, para que, como vuestras, os valgan ante el summo juez; y si confessárades vuestros peccados con verdadera contrición y arrepentimiento, yo tomaré sobre mí el dar cuenta a Dios dellos, y haré la penitencia que vos auíades de hazer por ellos, para que por la sangre del Redemptor, y por lo que yo pongo por vos y vos ponéys de vuestra parte, partáys libre desta vida, absuelta de vuestras culpas”. Fueron de tanta fnerça estas palabras deste hombre del cielo, que la que estaua rebelde y desesperada pidió con lágrimas y grandíssima contrición que la confessasse, confiando ya en el Señor por el fauor de este su Sancto; y assí recibió todos los Sacramentos, con tanta admiración de todos que no lo creyan, y con tanto gozo y alegría del buen padre, como lo pedía tal ventura. Y assí, antes que se partió de allí, la puso muy quieta y sossegada, y con firme confianza de su saluación, anisándole que llamasse a Sancta Vrsula, y las onze mil vírgines, de quien era muy deuoto, las cuales le dio por fiadoras de lo que en nombre de Dios le auía prometido. Llegóse la hora de dar el alma a su criador aquella buena muger, y los que allí estauan quisieron encender las candelas para ayudarla a bien morir; a lo qual ella acudió diziendo que esperassen, que aun no era tiempo, y después de ay a rato, con rostro alegre dixo: “Encended las candelas, que vienen las sanctas vírgines”. Esto hecho, dio su alma a su autor, quedando todos con confianza que la recibió en su gran misericordia; por lo qual el bendito padre toda su vida hizo gracias al Señor por tan gran merced.

Después desto, le dio Dios vna graue y pesada enfermedad que por treze años le affligió en summo grado, la qual fue común opinión que le procedió de quererle el Señor dar en esto la penitencia de los peccados que tomó sobre sí desta muger que ganó al cielo; aunque él no le ponía otro nombre, sino visita misericordiosa de la mano del Señor. Esta fue vna lepra, o mal de Sant Lázaro, de que se puso tan llagado, cabeça y todo el cuerpo, que no auía quien se le quisiesse llegar, sino un fiel hijo que tuuo religioso hecho de su mano, que hasta la muerte no le desamparó: el qual da buen testimonio de ser hijo de tal padre en su mucha virtud y sancto exemplo. En lo qual dize bien quién es Dios en pagar lo que por sus sieruos y más enfermos se haze, y tal como éste, que por junta de médicos era dado por contagioso, y assí se guardauan dél (aunque no todos); porque los que sabían el mysterio, antes le visitauan con más frecuencia, por no perder el fructo de su alta doctrina. No fue parte la enfermedad para poderse escusar de los cuydados del gouierno, porque le compelió la obediencia, como a varón tan importante, a que fuesse prior de México, y después maestro de nouicios, y últimamente prouincial. Lo qual, aunque le doblaua sus dolores, por la fuerça que padecía y por los trabajos del officio, por el amor de la cruz, con la gracia del [E]spiritu sancto, de la misma enfermedad cobraua fuerças; y, con sus graues malos, sin buscar regalos corría cerca de dozientas leguas de visita como ángel de Dios,

consolando, confortando y amonestando a sus hijos con su vista, con su palabra, con su gran vida. De estos largos caminos y trabajos se le agrauó más la enfermedad; y fue tanto lo que padesció en un año, que por reuelación del cielo supo que era más que lo que auía sufrido en los doze passados. Era notable el desseo que tenía de verse suelto

465 r<sup>o</sup> de las prisiones del cuerpo, por no ser penoso a sus hermanos, a los quales él dezía no tuuiesen temor, que aquel mal no se le podía pegar a nadie, dando a entender que su plaga era del cielo, en satisfecho de las culpas de aquella muger, que arriba contamos. Absuelto de su officio por auerle agrauado tanto la enfermedad, se llegó el tiempo desseedo; y entrándole a visitar un médico, que muchas vezes le dezía no moriría tan presto, lo qual él no admitía de buena gana, viéndole tan al cabo, le dixo que ya estaua cerca su desseedo día; dióle muchas gracias, alabando al Señor; y pidiendo el Sanctíssimo Sacramento, viéndole presente, dixo con mucha deuoción y sentimiento: “Yo creo verdaderamente que eres Dios verdadero, juez vniuersal de los viuos y de los muertos, y que has de dar vida eterna a los que guardaren tu ley, y fuego sin fin a los que la quebrantan; y creo que todos los que de la vnidad de la Iglesia Cathólica Romana se apartan, morirán para siempre”. Sería como a las onze el día, quando, auiendo recebido la unctión, conoció llegarse la hora, y bolviéndose a los circunstantes dixo: “¡Válame Dios! ¡Y qué mala es de salir esta alma del cuerpo!” Y reposando como hasta la vna, abrió los ojos y, poniendo las manos, començó a mirar a vna parte y a otra, como razonando con los que allí estauan, que no se veyan, y sin mouimiento dio el alma al Señor,

465 v<sup>o</sup> quedando de la blancura y lindeza del cielo. Todos luego llegaron a besarle las manos; y acudiendo a buscar los paños de sus llagas, de que antes hazían ascos, los tomauan y ponían sobre sus ojos y besauan con su boca y guardauan como reliquias de sancto. Todo el pueblo de México se congregó a la hora de su sepultura, y la boz de todos era: “¡Sancto de Dios, ruega por nosotros!” Este es el fin de aquel que, auiendo sido tan perdido peccador como se vio al principio, vino a ser tan escogido, como nos dize su muerte y vida, para que se animen a buscar a Dios los pecadores, y viuan con temor los que están en estado de sanctos: pues de piedras toscas leuanta Dios hijos de bendiç[i]ón, qual éste fue en la Nueva España, donde ganó el cielo tan conocidamente.